

Tirinea

Sara Gallardo ¹

Aparece un libro. El libro más hermoso que uno pueda leer. ¿Es posible decir que honra los ojos que lo leen? Es posible, porque los honra. Aparece como una flor de belleza perfectamente inmóvil en una atmósfera perfectamente inmóvil; una rosa de dos pétalos que se enroscan sobre sí y son a lo mejor un solo pétalo.

Aparece en medio de los elementos comunes que rodean la aparición de cualquier libro y que ante él se demuestran más eventuales que nunca: joven autor boliviano publica en la prestigiosa editorial Sudamericana, de Buenos Aires, esta obra que...

Silencio. ¿No podemos guardar silencio cuando ocurre algo parecido a un milagro? Aparece ese libro en la ciudad más pretenciosa, más pedante, más ruidosa de América del Sur. Una ciudad indigestada de gentes que suponen leer, suponen saber, suponen tener derecho a vociferar. Aparece, cobra el aspecto necesario de cierto número de páginas debajo de la tapa. Cae en poder de algunos, que lo llevan a casa con la mano cansada por 10 libros ruidosos y nuevos y pedantes que han llegado esta tarde a sus mesas de críticos. Llegan a casa, toman café, carraspean. Unos ponen la flor sobrenatural dentro de la cortadora de césped mocha que guardan bajo la mesa; empujan; sale, entre salpicones, una pequeña avalancha de grosería. Otros bostezan: qué aburrimiento. Hojean y no discernen una trama que salte a los ojos; dejemos a este desconocido; a otra cosa.

Y la flor sigue como es, perfecta en su esplendor estático, destinada quizás a los ojos de nadie, como ocurre por otra parte con la mayoría de los prodigios que hay en este mundo, o destinada a lo mejor a dar felicidad y reconocimiento a un lector solo, a cuatro, que ya es algo.

Aparece un libro que se llama *Tirinea*. Y su autor Jesús Urzagasti. De 27 años. Boliviano.

Destino extraño el de ser boliviano. Pocos saben la semejanza que entre Bolivia y el Tibet: las gentes, los símbolos y trajes, la medicina, la trascendencia religiosa, el trato con la magia, la familiaridad con el silencio, con los resortes que unen la muerte y la vida, con los ciclos y las fuerzas ocultas de la naturaleza. Son lugares gemelos, tal vez el mismo lugar, desdoblado en algún espejo divino o infernal. Un sitio que muestra cómo no son las herencias étnicas, sino los lugares con sus poderes anterior al hombre, con sus dioses y demonios, quienes operan sobre los habitantes, imprimiéndoles un estilo. Sí, es un destino extraño el de ser boliviano. Perturbados por el poder de ese suelo, muchos de sus artistas se equivocan y procuran expresarse embarcados en algún tipo de localismo. Urzagasti, para hacer *Tirinea*, se comportó del modo estéticamente más puro. Se transformó en un tímpano en perfecta tensión, en instrumento para que una sabiduría más alta que él soplara su concierto. El resultado, en alguna época le hubiera valido el título de príncipe de las letras.

Aparentemente se trataba de otro trabajo. El de un muchacho casi diminuto, con una cabeza de vietnamita delicada y feroz, que empezó a escribir en La Paz un libro destinado a solucionar lo que parecía un desajuste: la distancia que separa los avatares modestos y precioso de su existencia (mayor de nueve hermanos, hijo de un campesino chaqueño, estudiante fugaz de ingeniería, fotógrafo fugaz, lector de libros escasos), y su alma, anciana, inmóvil, impaciente de muerte, que acecha y lo contempla desde el interior de su vida. Un dilema milenario: ¿qué relación hay

¹ Comentario publicado en la revista Confirmado de Buenos Aires, en 1969. Respecto a la escritora, citamos a Mauricio Souza, quien en Nueva Crónica 142 de abril, 2014 establece: "Sara Gallardo (1931-1988) no sólo fue una narradora argentina (compañera de generación de Alejandra Pizarnik), sino que es uno de los personajes memorables de la literatura boliviana: es, con el nombre de Sara Stefanía, una de las mujeres en De la ventana al parque de Jesús Urzagasti. Gallardo fue la compañera de H.A. Murena, el ensayista que descubrió a Urzagasti (por sus oficios editorial Sudamericana publicó en 1969 *Tirinea*) y el primer (y gran) traductor al castellano de la obra de Walter Benjamin. (Murena, claro, es también un personaje de Urzagasti), p. 16.

entre mi esencia y mi existencia? ¿Entre mi ser y mi estar? En la atmósfera quieta de *Tirinea*, el pétalo doble se despliega como un diálogo sin diálogo del joven de nombre ritual, cabalístico: Fielkho, y su alma antigua, sorda, y sin nombre.

De dónde sacó ese estilo que tantos sufren y sufrirán, buscando sin aproximar, la vida entera. Cómo se hizo esa elegancia de aire sencillo, abierta a cada rato por una brecha de humor que desconcierta como una sonrisa secreta, no soy yo quien puede saberlo. “Este mi tío es ahora un borracho terrible que ha vendido todas sus tierras. Hace unos años le dieron una señora paliza y nuevamente fue a Salta, pero esta vez lo llevó a mi padre. Allí se curó y, muy luego, volvió a beber: de nada le valió escribir correctamente en una máquina semiportátil y vivir en una casita blanca más sano que un gorrión. Es el único de la familia que tiene la nariz excesivamente larga.” Citar, mala costumbre. Fuera de su contexto, qué mentira toda cita. Citar, qué tentación. “Soy su preferido por lo visto, y sin embargo no saco ninguna tajada: apenas suelo apoyarme en la ventana.”

Algunos podrán rastrear por *Tirinea* una autobiografía con aldeas y pueblos, con muchachos que se suicidan o bailan cumbias, con estudios en ciudades. Otros podrán seguir la batalla de alguien que lentamente se reconoce y se asume, el monólogo de un alma en suspensión, atenta sólo al sonido inaudible de su paso por

este mundo y al reflejo de este mundo en ella. Revelaciones sobre la muerte, *leitmotiv*, obsesión, explicación de la vida, suprema dueña del Tíbet-Bolivia y de donde sea que queden rastros de las primitivas razas, muchas cosas puede enseñar *Tirinea*. Algunos pasarán por momentos de tedio, como aquellos que saltan en blanco la mitad del concierto de Mozart y no lo dicen porque no se notó. Otros encontrarán la lección de lo que puede ser un libro latinoamericano, hecho por un artista, intocado por las connotaciones latinoamericanistas con su mezcla de folklore y de agitación, de resentimiento y de miopía, con su basura.

Otros, más sutiles, pensarán en el desafío que es el prodigio de *Tirinea* para su autor. Meditarán en la penosa batalla de las letras que tal vez espera a quien en un primer momento oyó la voz del misterio y la transcribió sudando pero tal como le vino. Entretanto se ganó una beca, se sacó una foto junto a Dora, su mujer, de trenza que cae hasta la cintura, y con Deterlino, hijo de un año, sentado sobre la rodilla. Y se fue de viaje por el mundo. Muy serio, con unos bigotes más grandes que su cara, con un traje nuevo y un terror espantoso. Mientras *Tirinea* iba a la imprenta, mientras los críticos la llevaban a sus casas, mientras Dora y Deterlino esperan en Tarija que vuelva de París.

1969